

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Juan Francisco Ferré

# El Rey del Juego



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Il·lustración:* naipes de la baraja española del siglo XVI, © Reproducción,  
Real Academia de la Historia. Montaje de Enric Mir

*Primera edició:* octubre 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Juan Francisco Ferré, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9799-9

Depósito Legal: B. 18276-2015

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Passeig Sanllehy, 23

08213 Polinyà

## Se ha dicho de *El Rey del Juego*

«*El Rey del Juego* es la novela más desconcertante que he leído en mucho tiempo. No sé si me gusta, creo que muy poco en realidad. Por momentos hasta consigue irritarme. Pero es un retrato de la España contemporánea tan descarnado y cínico que no me atrevería a desautorizarla en público» (Rafael Chirbes).

«Ferré no le tiene respeto a nada, ni a sí mismo» (Nuria Azancot).

«Más allá de la zona VIP de la novela, con apariciones estelares de figuras, figurillas y figurones como Cristina Pedroche, Iker Casillas, Belén Esteban, el rey Felipe o yo mismo disfrazado de decrepito jerarca castellano, *El Rey del Juego* es una gran ceremonia, un apocalipsis, un laberinto, una eucaristía, una navegación por el desierto en busca de la felicidad y una tauromaquia radicalmente reversora de todo cuanto sobre nosotros se nos ha dicho» (Fernando Sánchez Dragó).

«Como catalán, *El Rey del Juego* me toca las narices. Como español, me toca las pelotas. Como europeo, no me toca nada y esto es lo que más me duele» (Arcadi Espada).

«Ferré se atreve a esbozar aquí una teoría actualizada de España y lo español que es un puro disparate. Un esperpento delirante. Eso sí, como mandan los cánones mutantes de la posmodernidad, que tan bien conoce el autor, una teoría de España disfrazada de videojuego novelesco» (Iñaki Ezquerro).

«No hay una sola idea inteligente en toda la novela. Por desgracia, no toda la culpa es del autor» (Pablo Iglesias).

«Detrás de la incorrección política, está el cinismo. Detrás del rabioso carnaval de ideas, el vacío. Detrás de los chistes guñolescos, el populismo. Detrás de todas las máscaras de esta mascarada amarga sobre un país inexistente, máscaras y todavía más máscaras. El autor se confunde. Sus groseras apelaciones a la chusma nacional merecerían otro escenario menos prestigioso» (Jordi Gracia).

«Ferré habla de la España profunda como otros hablan de la Internet profunda» (J. M. Pozuelo Yvancos).

«Confieso que con los años cada vez soporto menos los jueguecitos experimentales, pero ante las novelas de Ferré siempre me acabo quitando el sombrero. Por decirlo sintéticamente: *El Rey del Juego* podría ser el resultado de agitar un cóctel con los siguientes ingredientes: Kafka + Philip K. Dick + Don DeLillo + Mortadelo y Filemón» (Mauricio Bach).

«España no es una nación. Tampoco una marca. España es un ente. Y Ferré lo desentraña sin piedad» (Jorge Javier Vázquez).

«Los Neandertales fueron expulsados de Francia por los Cromañones, como los moros por los cristianos, y todos fueron a parar, por casualidad, al mismo país. España. Tras leer esta extraña novela, entiendo las desgraciadas consecuencias culturales de todo ello y pido perdón de rodillas en nombre de mis compatriotas» (Michel Houellebecq).

«Si tuviera la edad del autor, sus adicciones, la fresca promiscuidad con la cultura de masas que tiene él, la carencia de prejuicios ideológicos, la desfachatez sexual y el libérrimo manejo de la información histórica, incluso así, *El Rey del Juego* es una novela que no me gustaría escribir por nada del mundo» (Juan Goytisolo).

CASTILLO: ¿A qué juego jugaremos?

VALDAURA: Al triunfo de España, y el que da los naipes se retendrá el naipe de muestra, si es as o figura humana.

Juan Luis Vives, «El juego de los naipes» (1539)

Primera parte

Las cartas y los jugadores

*Érase una vez. Sí. Y hasta dos veces si hace falta. Por qué no si era el verano mágico en que la debacle futbolística del país se unía a la celebración del primer centenario de una guerra mundial en la que no participamos. No nos iba nada en ello. O eso creían nuestros políticos de entonces. Veinte años después quizá lo habrían visto de otro modo...*

## I

Ya está todo dicho. Hay poco que añadir. La cosa se repite hasta la náusea.

Aquella noche de junio, para evadirme de las malas noticias, estuve viendo porno hasta altas horas de la madrugada en un canal privado de televisión al que acababa de abonarme, me bebí más de media botella de Jack Daniels, me hice una paja lenta y desganada imaginando que mi ex mujer se lo montaba con otro más joven y me quedé dormido en el sofá Divatto mientras en la pantalla LED de 60 pulgadas los acróbatas del sexo prolongaban el carrusel de posturas y actos indecibles más allá del amanecer.

Al despertar, con la tele aún encendida, tenía la sensación

de haber sobrevivido a una catástrofe aérea y estar en una isla misteriosa y paradisíaca en compañía de mucha gente desconocida. Era falso. Como tantas otras cosas en mi vida reciente.

Todas las mañanas de los últimos años el mismo ritual para restablecer el contacto con el mundo perdido durante la noche.

Visto desde fuera: yo era una taza enorme de café humeante en la mano izquierda como una salvaguarda contra el sueño indeseable, un batín rojo como único disfraz y un aire de atontamiento estratégico calculado al milímetro para engañar al posible observador.

Visto desde dentro: yo era una cabeza llena de telarañas, un estómago vacío como precaución dietética y el alma aún más vacía, como un globo desinflado, a la espera de emociones positivas para reavivarse.

En ese estado de desorientación habitual, me puse a escribir mis mensajes matutinos, no todos destinados a la inteligencia del otro, en las distintas redes sociales de las que soy un activo integrante.

Media hora después de sentarme como un resucitado delante de la pantalla del portátil recibo un email sorprendente en respuesta a mi llamada de auxilio:

*¡Tío! No tienes huevos de venir esta tarde al Bar de Bringas (c/ Lévi-Strauss, n.º 5). No tiene pérdida. Aquí sólo nos juntamos buenos colegas para discutir a tope sobre fútbol y sobre el Mundial, cosas de aficionados, sin mariconadas de fichajes millonarios ni de árbitros comprados. Estamos en un grupo de Facebook con el mismo nombre. Búscanos si quieres y pincha que te gusta. Comentamos los partidos importantes como si fueran batallas de la primera o la segunda guerra mundial zombi. Tu pedazo de novelón Tubalcán el aventurero hiperespacial nos volvió majaretas cuando lo leímos. Pero somos fans*



*totales de tu literatura. Tus libros nos cambiaron la vida en el instituto. Estamos de paso y queremos conocerte. Te esperamos en el bar a las 4 en punto, hora del meridiano de la Tierra, en Marte es antes, ¿o era después? Ni idea. No se te olvide traerte el reloj de veinticuatro horas del que hablas en la novela. Puede ser la cita más importante de tu vida.*

*Danny & Willy*

Lo fue. Lo sería. Vaya que sí. Lo cambió todo.

## II

Aparte de escribir el tuit mío de cada día, mi tributo a la confusión nacional en curso, y algún que otro comentario improvisado en el perfil de algún amigo de la red social más publicitada de internet, por enésima vez en mi vida desde que acabé de escribir mi última novela, no tenía realmente nada que hacer.

Miré al mar desde la terraza, el color cobalto invitaba al presagio más siniestro, y tuve por un momento la sensación de que la muchedumbre de bañistas de silicona, en bikini o despechugadas, que abarrotaban la playa vecina a esa hora climática, me respaldaba con un gesto de ternura y hasta de conmiseración. Si mañana no estaba allí, en mi puesto de guardia, para espiarlas con los prismáticos no lo lamentarían tanto como yo.

Así que después de comerme una pizza precocinada Buitoni Barbacoa, mi comida basura favorita, viendo que era viernes y no ponían nada interesante en mis canales de consumo diario en espera de la alta noche y sus canales furtivos, me encaminé bajo el sol de las tres de la tarde al encuentro más trascendente de mi vida adulta.

No he dicho mi edad, ¿verdad? Me temo que no. Soy tímido cuando quiero, como todo el mundo, por otra parte. A sólo cuatro meses de cumplir cuarenta y cuatro años me podía considerar un triunfador indiscutible en un país de triunfadores indiscutibles. Había publicado desde muy joven unas quince novelas infantiles y juveniles de todos los géneros, pero sobre todo de mis preferidos, la ciencia ficción, la fantasía y el terror, con éxito más que notable, y una trilogía de novelas adultas con tintes más realistas muy apreciadas por lectores y críticos prestigiosos en los últimos tiempos. Al menos dos veces al mes visitaba institutos y colegios para hablar de mis libros con los lectores más generosos y crédulos que existen y el masaje permanente de los medios y los lectores mantenía mi ego, a pesar de las apariencias, en niveles de elevación escandalosa. Por si fuera poco, las listas de los libros más vendidos en suplementos o librerías rara vez contenían una información humillante para mí. Como era capaz de disimularlo con astucia, recurriendo a subterfugios sutiles, a nadie parecía importarle mucho ni me lo reprochaba nunca.

Mi único fracaso grave en la vida estaba llamándome al móvil en ese preciso momento. Elena al habla. Mi ex, sí, cargada de deudas y de mala vida, según ella por mi culpa. Una vez más quería su porción del pastel. Después de aguantarme desde que éramos unos adolescentes hasta que despunté en el negocio, se sentía legitimada para plantearme día tras día demandas cada vez más absurdas. Nuestra relación actual se limitaba en líneas generales a ese mezquino protocolo. Llamadas telefónicas a cualquier hora, cuanto más intempestiva mejor, y exigencias ridículas o desmesuradas que yo no podía rechazar sin ganarme su desprecio profundo. Y menos tratándose de nuestra hija en común, Alexandra. La princesa de las islas griegas, concebida en 2003 entre las ruinas de Creta y el cráter de Santorini en un largo

verano de delirio sexual a múltiples bandas. Alexandra, el amor de mi vida. La única mujer por la que literalmente estaría dispuesto a hacer cualquier cosa, por imposible o desagradable que pareciera en principio.

—Necesito que recojas esta tarde a la niña en casa. A las siete. Me voy todo el finde con unas amigas. Me acaba de llamar Miriam para decirme que el hotel de Marbella de que te hablé le ha confirmado las reservas de habitación después de tenerla en lista de espera durante un mes, ¿te das cuenta?

Sé que miente. Estoy acostumbrado a que lo haga con frecuencia. Sé que no va con ninguna amiga. O no con esa que nombra todo el tiempo sabiendo que la conozco. Sé que quiere librarse de la niña a toda costa porque es el tercer fin de semana seguido que tengo que ocuparme de Alexandra. No me quejo, mi destino inmortal como padre me llena de satisfacciones superiores a mi destino mortal como escritor.

—No hagas tonterías, ¿vale? Sabes que no puedo llevármela. Total, para estar todo el finde en casa trabajando te da igual quedarte a la niña otra vez. Te viene hasta bien, ¿no?

Tiene razón. Suelo aprovechar la estancia de Alexandra en casa, entre película y película o videojuego, para torturarla leyéndole borradores de capítulos y resúmenes de mis novelas en curso (siempre estoy planificando y escribiendo dos o tres a la vez, es la fórmula patentada del éxito) y sé que luego la niña se lo comenta a la madre y se ríen las dos juntas, como colegialas, de lo tonto y pesado que es papá.

—Esta vez no puedo, de verdad. Me pillas de camino a una cita concertada hace semanas.

—Anda, no te hagas de rogar, ya sabes que te compensaré muy bien, como siempre.

Es verdad. Soy débil a sus reclamos y atractivos y ella lo sabe y lo explota en su provecho. Pese a llevar divorciados más de dos años, nuestra relación sexual ha sido siempre tan estimulante que, de vez en cuando, nos permitimos una

aventura que ocultamos a todo el mundo, incluida Alexandra. Una tarde o una noche locas, como si no fuéramos ex marido y ex mujer sino amantes ocasionales que lo hacen por primera vez en una habitación alquilada o prestada, con la misma excitación erótica y el mismo placer clandestino de las citas a ciegas y los adulterios sin futuro. Y ella, en especial, como mujer de su tiempo, se las suele tomar muy en serio, como experiencias decisivas de una vida carente de otras vivencias significativas, mientras yo sólo me divierto con la travesura superflua y tiendo a olvidarla con rapidez inexplicable. Hasta la próxima ocasión.

—Venga, tío, no te hagas el duro conmigo, que te conozco.

Mi venganza íntima es que sé, por confidencias de terceros, que no le va mejor en la cama que a mí. Y eso que lo dejamos por mi culpa, por un par de malos rollos fuera de casa.

Uno con una escritora del gremio, una superventas engreída y consciente de la limitación de sus encantos, una bulliciosa feria del libro en provincias nos juntó en el mismo hotel de cinco estrellas, sonrisas por la noche, antes de zambullirse achispada en la cama regia de su habitación, dispuesta a todo, sin complejos, y lágrimas de amargura y arrepentimiento por la mañana temprano, cuando me echó de mala manera de la habitación, sin un pretexto claro excepto la excusa mediocre de siempre, la intrascendencia y la vanidad de todo. Asco de literatura.

El otro fue el peor. Se me ocurrió liarme con una lectora fanática de diecinueve años, a la que conocí en un club juvenil de lectura y acabó un día llamando por teléfono a mi casa a medianoche, no sé quién le daría el número. De improviso. Elena lo descolgó, yo estaba en una cena con un escritor tras presentar su nuevo y premiado libro, un ladrillo pretencioso que no había forma de vender a gran escala y el editor me rogó que lo respaldara durante su visita promo-

cional a la ciudad. El mensaje telefónico de la lectora fue terminante para nuestro matrimonio. A la mañana siguiente, Elena batió todos los récords mundiales de mudanza ultrarrápida y se plantó en casa de su madre sin avisar, dándole un susto de muerte, ni darme tiempo a defenderme con argumentos sólidos de sus acusaciones. Soy incapaz de llevarle la contraria a una mujer, incluso cuando se trata de abandonarme. Así que me tiré en el sofá, mi cuartel general cuando no trabajo, y dejé que se marchara con todo lo suyo y parte de lo mío y además arrastrara con ella, en el huracán doméstico que había organizado con su partida, a mi hija, que lloraba sin parar y sin poder entender qué les pasaba a sus padres. Por qué se gritaban de ese modo y se insultaban, sobre todo Elena, llamándome con nombres ofensivos que la niña no había escuchado nunca en esta casa y que debían de provenir del fondo de un armario muy siniestro y muy profundo olvidado en el sótano de una casa vetusta del pueblo natal de ella. Cosas que sólo el amor más violento puede decir de la persona amada en un momento de desesperación. Cosas que el odio extrae del dolor y las convierte en instrumentos de revancha y agresión.

—De verdad que no puedo. Esta vez no. Lo siento.

Alexandra no tenía la culpa de aquello. Elena tampoco. Yo era para ella, según acerté a escuchar como sentencia final del desahucio, ese pésimo escritor que atrae a casa a la peor especie de lectora. El trillado estereotipo de la putilla cultural que espera hacer carrera literaria agenciándose con el exitoso novelista de turno. Encendí la televisión, busqué en la parrilla un canal de música pop, encontré por azar el videoclip perturbador de la canción «Disturbia» de Rihanna, puse el volumen al máximo sin pensar en los tímpanos de los vecinos y logré que el portazo de salida no retumbara como una explosión incontrolada en mi cabeza dolorida. Había dormido poco y bebido mucho la noche anterior.

–Eres un cabrón.

No estaba preparado para el melodrama sin guión técnico de la separación fulminante. Ninguna academia del cine nacional premiaría mi torpe actuación de ese día, ni por la mañana, cuando se marcharon a toda prisa, ni por la tarde, tumbado en el sofá con los ojos abrasados y el cuerpo muerto, ni por la noche, tomando una cápsula tras otra de Lexatin de 3 mg intentando dormir sin poder apagar la tele.

Condenado a algo mucho peor que la soledad y el insomnio. Condenado a dar cientos de vueltas, durante toda la madrugada y una parte importante de la mañana, en la noria infernal de los 599 canales de la plataforma televisiva a la que estaba abonado desde hacía cinco años.

–Eres un cabrón y un desagradecido y lo sabes.

Iba a colgar. Se lo avisé. Sabía lo que venía después. Más bien no quería saberlo. Era una carga muy pesada. No sé por qué, pero a pesar del calor sofocante de la calle me sentía muy ligero.

–Eres...

Colgué. El veneno de las palabras brotando de esos labios podía de repente volverme muy pesado. Como un gas tóxico. Para lo que me proponía esa tarde, divertirme mucho y divertirme más aún en compañía de lo que imaginaba sería una de tantas pandillas de descerebrados cachondos que he podido conocer a través de mis libros, como esos círculos excéntricos de lectura y esas cenas de degustación con fans seductoras en restaurantes de lujo, sentía que necesitaba encontrarme de nuevo en ese estado de flotación amable sobre la pesadilla de la realidad. El estado supremo que precede a la ingravidez del espíritu.

### III

El timbre del móvil, sonando una y otra vez en períodos regulares, no fue capaz de sacarme del ensimismamiento en que me había sumido para distraerme del entorno mientras caminaba sin rumbo por la ciudad dormida. La banda sonora, compuesta por un músico anónimo como un silencio insistente, invitaba a meditar sobre las leyes de la realidad. Estaba acostumbrado a situaciones como ésta. Personas que me han leído desde que tienen once o doce años y que cuando llegan a la veintena tienen la visión deformada de la vida que yo les he proporcionado con mis libros. Es un efecto alucinante que me encanta. Ver cómo puedes influir en el mundo aunque sea de ese modo marginal. Sabiendo que los ejércitos del paro, los parias de la tierra, tienen la indignación bien alimentada de patrañas infantiles y fantasías adolescentes que tú has fabricado en tu laboratorio de aficionado como una remesa de drogas de síntesis. Que yo soy el culpable de todo eso y que, por si fuera poco, he podido hacer de ello una profesión rentable y prestigiosa.

–Te vas a enterar, cabronazo de mierda. Eso no se hace. Me la vas a pagar. Hijo de la gran...

No, esta vez los insultos grabados en el contestador del móvil no sonaron para nada con el tono de los anteriores. Sonaron, más bien, como los proferidos en casa la misma mañana en que Elena me abandonó por mi romance episódico con la lectora fantasiosa de cuyo nombre ni me acuerdo, si es que lo supe alguna vez y no se limitó a ser un cuerpo ardiente abrazándose a tientas a un fantasma creado por su imaginación calenturienta. Estaba maciza, de eso sí me acuerdo a la perfección, cincelada de la cabeza a los pies como una estatua renacentista. Si tu mujer y tu hija te van a abandonar como a un perro enfermo que sea al menos por una buena causa. Por haber disfrutado, así fuera durante unas horas, de

una parte de la belleza y la sensualidad que este sucio mundo alberga entre los restos acumulados de basura e inmundicia.

Bonita frase para un escritor despistado que al ingresar por casualidad en la calle que busca desde hace un rato, sin encontrar a nadie a quien preguntarle, no sabe explicarse si el nombre de la misma guarda alguna relación con la antropología más abstrusa o la manufactura de pantalones vaqueros de marca.

#### IV

La historia del Bar de Bringas, sin embargo, es mucho más complicada de contar de lo que parece.

—Tío, no me lo puedo creer. Eres mucho más guapo en la realidad que en las solapas de los libros. Los editores no te quieren o qué...

Aquí están. Aquí estoy.

Encuentro el bar sin demasiados problemas una vez que recorro la estrecha calle de uno a otro extremo varias veces, no necesito consultar Google para saberlo. El omnisciente buscador americano no haría justicia a este templo local del espíritu popular. La entrada diminuta, como un portal a otra dimensión del alma y la sensibilidad. Las puertas de madera vieja y los cristales polvorientos con letras borradas ya anuncian lo que aguarda al viajero incauto que atraviese el umbral del antro uterino. El decorado interior hedía a taberna añeja y trasnochada y parecía calculado para desbordar a conciencia, con sus azulejos grasientos, adornos gratuitos y centenares de fotografías, la idea de mal gusto que una inteligencia mínimamente cultivada podría aceptar sin rebajarse en exceso. Un concentrado de iconos ibéricos sin adulterar. La Capilla Sixtina de la España profunda en sus múltiples versiones, ortodoxas y heterodoxas.